



# Oliver Wendell Holmes (1809-1894). Estetoscopio y Letras

## ***Oliver Wendell Holmes (1809-1894). Stethoscope and Arts***

■ Santiago Prieto

■ En la primavera de 1833, un americano de Boston, flaco, algo belfo, de escaso metro sesenta y a punto de licenciarse en Medicina en su país, recorre las salas y pasillos del Hospital de la Pitié, en París. Tiene carácter y a sus 24 años ha caminado deprisa antes de cruzar el Atlántico. Previamente ha estudiado Leyes sin vocación y publicado algunos poemas de mérito en *The New England Magazine*. En París es uno más de los estudiantes que siguen al sólido Pierre Alexandre Louis (1787-1872) que, con el ya célebre y prematuramente fallecido Laënnec, constituye un ejemplo de la nueva mentalidad anatomoclínica que empieza a abrirse camino en la Medicina.

Precisamente, René Théophile Hyacinte Laënnec (1771-1826) ha publicado en 1819 un libro que es un hito en la práctica clínica: *De l'auscultation médiate, ou traité du diagnostique des maladies du poumon et du coeur*. Un libro en el que describe cómo, mediante un sencillo cilindro de madera, ha podido analizar, precisar y sistematizar la interpretación de los ruidos fisiológicos y patológicos que se producen en el interior del tórax. Ha denominado a ese cilindro "estetoscopio", del griego estetos, pecho, y skopeo, examinar; y merced a él ha podido crear términos como "rumor", "murmullo", "egofonía", "estertor crepitante", "pectoriloquia" o "soplo anfórico".

Pero, a pesar de que en 1833 ya se ha perfeccionado un tanto, y en manos y oídos adecuados es un excelente instrumento diagnóstico, muchos profesores y médicos de a pie lo miran con reticencia, cuando no con aversión. Mitad por falta de predisposición para aprender la técnica de la auscultación mediata, mitad por temor a ser confundidos con los entonces menospreciados cirujanos, que en su labor utilizan las manos y herramientas, se niegan a emplearlo y prefieren seguir aplicando la oreja directamente sobre la piel del enfermo.

Oliver Wendell Holmes pasa 2 años en París y a finales de 1835 regresa a Boston. Escribe una memoria sobre *Pericarditis aguda* y pocos meses después se licencia en Medicina. Aprovecha cada minuto y en 1836 publica su primer libro de poemas (*Poetry*).

---

El autor es médico.

Ejerce la profesión y en 1838 es nombrado profesor de Anatomía y Fisiología en el Dartmouth College, en Boston. Se interesa por el problema que representa la fiebre puerperal y fruto de sus observaciones lee, en 1843, en la Boston Society for Medical Improvement, una memoria que titula *Contagio de la fiebre puerperal*. Con datos estadísticos sostiene en ella que son los propios obstetras, comadronas y estudiantes los que contagian a las parturientas. (Sin duda, al redactarla recuerda a su maestro Pierre Louis, pionero en la aplicación de los métodos estadísticos básicos a la Medicina.)

Aunque no puede explicar cómo se transmite la infección, sí apunta algunas medidas eficaces, como el lavado de las manos con hidrato de cal para evitar el contagio, y publica sus observaciones en 1843 en *The American Journal of the Medical Sciences*.

Pero, aunque los números son los números, tropieza con la misma ceguera e incomprensión con la que, al otro lado del Atlántico, Ignatz Semmelweis (1818-1865) se topa poco después (*Experiencias sumamente importantes sobre la fiebre puerperal epidémica de los establecimientos obstétricos*; Viena, 1847). Y, todavía en 1852, Hugh Hodge, profesor de Obstetricia en Pensilvania, llega a escribir un libro titulado *Sobre la no contagiosidad de la fiebre puerperal*. Vaya en su descargo que la Microbiología aún no ha nacido, a la espera de que Louis Pasteur (1822-1895) y Robert Koch (1843-1910) demuestren definitivamente la existencia de las bacterias y las vías de contagio de las enfermedades infecciosas.

En 1846 Oliver Wendell Holmes es médico en el Massachusetts General Hospital, y al año siguiente es nombrado profesor de Anatomía en la neonata Facultad de Medicina de Harvard. Durante 35 años, hasta su jubilación a los 73, allí dará conferencias y clases que, a juzgar por el aprecio de colegas y alumnos, merecen el calificativo de memorables.

Poco antes de cumplir los 40 y en un ejemplo de lucidez no exento de humildad, decide abandonar la práctica clínica. Conoce sus limitaciones y asume lo difícil que es simultanear sus otras actividades con un ejercicio digno de la profesión médica.

Pero, a tal labor docente y su contribución al nacimiento y progreso de la Medicina moderna en EEUU, ya hemos visto que añade talento a la hora de sumar palabras a las palabras. Y así, colabora con asiduidad en periódicos y revistas; y en 1857 forma parte del grupo de escritores egregios, en el que se encuentran James Russell Lowell y Ralph Waldo Emerson, fundador de la revista *The Atlantic Montly*. En sus páginas da a la luz artículos, ensayos y poemas: *Songs of Many Keys*, *The Professor at the Breakfast-Table*, *Pages from an Old Volume of Life*, *The Last Leaf*, *The Deacon's Masterpiece* o *The Chambered Nautilus*, que forman parte de la historia de la literatura norteamericana.

Precisamente, el gran William Osler se preguntará en 1889, en *The Montreal Medical Journal*, si Oliver Wendell Holmes preferiría ser recordado por su trabajo sobre la fiebre puerperal o por los 35 versos que componen *The Chambered Nautilus*.

Amigo de Nathaniel Hawthorne (1804-1864) y Washington Irving (1783-1859), Holmes también se atreve con la difícil piedra de toque de la novela y publica *Elsie Venner: a Romance*

*of Destiny* (1861), *The Guardian Angel* (1868) y *A Mortal Antipathy* (1888). (Prosa que, como su poesía, no hemos hallado traducida al español.)

A esa meritoria obra ha de añadirse, por un lado, su interés lexicográfico, plasmado en la precisión, riqueza y pulcritud en el uso del idioma y, por otro, su capacidad de organización. Como ejemplo de lo primero valga la carta que en noviembre de 1846 dirige a William T. G. Morton (1818-1868), que con "su" éter sulfúrico ha permitido al cirujano John Collins Warren (1778-1856) realizar el 16 de octubre la primera intervención sin dolor de la historia de la Medicina, en el Massachusetts General Hospital:

"Todos deseamos presentar un gran descubrimiento. Y yo lo haré para dar una o dos pistas en forma de los nombres —o el nombre— a aplicar al estado producido y al agente que lo causa. Pienso que el estado debe ser denominado *anestesia*. Significa insensibilidad... El adjetivo sería *anestésico*..."

Términos que han quedado para siempre tanto en el lenguaje médico como en el coloquial de todos los idiomas. Y, con respecto a su capacidad de organización, cabe destacar su labor en la fundación de una institución como la Boston Medical Library.

De la extensa obra poética de O. W. Holmes, además del celebrado *The Chambered Nautilus* (*Las cámaras del nautilus*), nos permitimos recordar aquí dos poemas: *The Old Ironsides* y, a continuación, en una traducción que no resultó fácil, *The Stethoscope Song, a Professional Ballad*.

El primero (*Los viejos combatientes*) se publica el 16 de septiembre de 1830 en un diario de eufónica cabecera, *The Boston Daily Advertiser*, y está dedicado a la fragata *USS Constitution*. Este buque de tres palos ya ha cumplido su singladura y ha sido declarado "no apto para el servicio". Pero, es tal la emoción y fuerza lírica del poema, que los lectores del diario "se sublevan" y fuerzan a la Navy y a EEUU a reconsiderar su decisión... Y el barco se salva del desgüace. Y hoy, 176 años más tarde, reconstruido y minuciosamente mantenido, en perfecto estado de revista, pleno de gallardía y con la serena estética de la madurez, podemos verlo anclado en el puerto de Boston; e, incluso, en días señalados, con sus banderas y todo el velamen desplegado al viento, navegar por las aguas de la bahía de Massachusetts.

Puede hoy sorprendernos que unos versos tuvieran el poder de "salvar la vida" de un viejo buque. Pero, en un joven y gran país que en pleno Romanticismo estaba empezando a escribir su historia moderna, imaginemos cómo debieron conmovirse los veteranos lobos de mar responsables de la Marina, ante un poema que acaba así:

O, mejor, que su reventado casco  
vaya a hundirse bajo la ola;  
que sus truenos hagan temblar las profundidades inmensas  
y que allí esté su sepultura;  
clavada al mástil su sagrada bandera,

sacudida cada raída vela;  
y ofrecedlo al dios de las tormentas,  
de los relámpagos y las galernas.

\* \* \*

La *Canción del estetoscopio* data de 1848, cuando el autor tiene 39 años y está a punto de renunciar al ejercicio clínico. En ese momento es Decano de la Facultad de Medicina de Harvard y la docencia y la literatura le ocupan, literalmente y en detrimento de su familia, todo el tiempo. El estetoscopio entonces no pasa de ser un instrumento elemental y muchos médicos desconocen su potencial utilidad para el diagnóstico de las enfermedades internas. Con pinceladas de sátira y humor características de su estilo, Holmes observa la confusión que esa herramienta puede generar en oídos y cerebros no preparados. Buen conocedor de la pericia que con ella alcanzaron clínicos ilustres como Laënnec y Pierre Louis, no discute aquí su utilidad. Pero sí insiste en la necesidad de observar al paciente: "Usad cuanto podáis vuestras orejas, pero tampoco dejéis de hacer caso a vuestros ojos..."

Con el tiempo, el estetoscopio o fonendoscopio (*phoné*, sonido; *endon*, interior; *skopeo*, examinar) se convertiría en un icono y símbolo de una profesión, un instrumento imprescindible para el ejercicio clínico, cómodo, manejable y capaz de facilitar un sinfín de información.

Holmes difícilmente podía imaginar que, pasados los años, esa herramienta se vería postergada por las pruebas complementarias. Y que análisis, radiografías y endoscopias de todo lo imaginable; tomografías computadorizadas y ecografías; resonancias nucleares magnéticas, angiografías y angiorresonancias, etcétera, aparecerían para convertirse en los absolutos e imperativos protagonistas. Que las máquinas, por la humana ley del mínimo esfuerzo, conducirían a la pérdida de habilidades a la hora de hacer la anamnesis y el examen físico (inspección, palpación, percusión y auscultación); e, incluso, que llegarían a desvirtuar las bases de la actividad clínica. Porque ya está escrito que en demasiadas ocasiones hoy el primer contacto del médico con el paciente es a través de un análisis, una radiografía o el teclado de un ordenador, cuya pantalla dificulta ver su rostro y los muchos detalles que pueden observarse al verle entrar en la consulta.

Pero, a pesar de la desmesurada e inacabada invasión tecnológica —cuya utilidad y necesidad, por otra parte, sería insensato discutir— el fonendoscopio tiene larga vida y muy probablemente siempre estará en la cartera de un médico. Su manejabilidad lo garantiza. Aunque, para que nos facilite todo lo que puede darnos, se necesite algo tan sencillo, y a la vez tan difícil, como dedicación, saber escuchar, pericia... y tiempo.

\* \* \*

Cuando, en su casa de Cambridge, cerca de Boston, a mitad de camino entre los 80 y los 90, lúcido y con la pluma en la mano, Oliver Wendell Holmes pasara la obligada revista a su vida,

sin duda recordaría a su esposa Amelia, fallecida unos años antes; evocaría sus aciertos y, cómo no, sus errores en el ejercicio de la Medicina; probablemente también le vinieran a la memoria su primer libro, sus artículos, conferencias, ensayos y novelas; y quizá guardara más de un momento para el poema que permitió que un viejo buque aún estuviera amarrado en el puerto de Boston, e, incluso, navegar con brío en días señalados por las aguas de la bahía de Massachusetts; como también recordaría con especial satisfacción su trabajo sobre la fiebre puerperal que, qué importa que empíricamente, antes de que se supiera qué eran los microbios, sirvió para evitar la muerte de más de una parturienta; y, finalmente, alguna vez contemplaría con respeto y algo de nostalgia aquella vieja y rudimentaria trompetilla de madera que muchos años antes había traído de París.

La pluma de Oliver Wendell Holmes quedó en silencio el domingo siete de octubre de 1894.

*Canción del estetoscopio, una balada profesional (1848)*

Hubo un joven en Boston  
que compró un nuevo y bonito estetoscopio,  
engastado, brillante y bellamente rematado,  
con un estuche de marfil y de una tapa dotado.

Pero ocurrió que una araña en su interior se deslizó  
y de seda una amplia red tejó,  
en la que un día por azar cayeron  
un par de moscas sin seso.

La primera, una mosca botella, grande y azul era;  
la segunda, delgada y alargada, más pequeña;  
así que entre las dos un concierto interpretaron  
entre una octava de flauta y el gong de una taberna.

Habiendo de París poco antes regresado,  
el correcto joven demostraría su destreza;  
ocasión le dieron de ponerla a prueba  
en un paciente de hospital muy afectado.

Algunos decían que de bilis su hígado andaba escaso,  
y otros que su corazón estaba aumentado de tamaño.  
Y mientras algunos discutían todo el rato  
de tubérculos el paciente estaba hasta las cejas.

El amable joven dio un paso hacia él  
y todos los doctores un alto hicieron;  
ya ves que el hombre ha de morir, le dijeron,  
por el artículo veintitrés.

Pero, como es un caso tan desesperado,  
explorar su pecho podría ser adecuado;  
porque si ha de morir y no se hubiera auscultado  
ya sabes que la autopsia podría no aclararlo.

Sacó entonces aquél su estetoscopio  
y sobre él aplicó su curioso oído.  
*Mon Dieu!*, dijo con gesto de entendido;  
¿por qué hay aquí tan extraño sonido?

El murmullo está muy claro:  
soplo anfórico, tan cierto como que estoy vivo.  
Para escuchar, su turno cinco médicos aguardaron:  
soplo anfórico, dijeron al unísono los cinco.

Sin duda, hay un empiema.  
En ese punto un trocar insertaremos.  
El diagnóstico ya está hecho.  
Al paciente agujerearon... así que murió.

Cómo odian ahora los juguetes más modernos.  
Su mirada empezó a estar abatida.  
Dijeron que para los niños eran los sonajeros,  
y juraron que tal roce no era más que un tarareo.

Había una anciana que llevaba enferma mucho tiempo  
y de cuyo mal la causa nadie conocía.  
Aunque su lengua era afilada su pulso era lento.  
A ella debe ir esa juventud tan erudita.

Así que allí se sentó la amable anciana,  
Con frascos y envases todos en fila.  
Al joven doctor preguntó que quién él era  
Para manosearla y levantarle las enaguas.

Cuando entonces apareció el estetoscopio  
a zumbar y silbar las moscas comenzaron.  
Oh!, Oh!; sin duda, el asunto está muy claro:  
que de un aneurisma se trata es obvio.

El roce es rallador y el soplo en sierra,  
y el ruido en carretilla, todos se combinan.  
Bouillaud cuán contento se pondría  
si encontrar un caso así él pudiera.

Ahora, cuando los cercanos médicos habían hallado  
un caso tan raro que nunca había sido descrito,  
cada día las costillas de la anciana percutieron  
en grupos de veinte... así que murió.

Poco después seis jóvenes, gráciles y frágiles doncellas  
del amable doctor los cuidados recibieron.  
Pálidas y flacas se estaban quedando todas ellas  
y el aliento les faltaba al subir las escaleras.

Todas de "sueños" con "suspiros" hacían rimas  
y rechazaban los pasteles y los bollitos de mantequilla.  
Para sorpresa de sus amigos, a dieta se pusieron  
de tiza y de carbones, de escabeche y lapiceros.

Y cuando raudos latían sus pequeños corazones  
más zumbaban los asustados insectos.  
De forma que él auscultó en sus pechos  
los ruidos silbantes y los sonoros estertores.

Movió él la cabeza... es una enfermedad grave  
y que todas habéis de morir mucho me temo.  
Un dulce *postmortem* tendréis si ello os place,  
y quizá también a vuestros supervivientes amigos agrade.

En alto lloraron las seis jóvenes damiselas,  
lo que a otros tantos jóvenes varones enterneció  
y cada uno a cada una de ellas su amor declaró,  
de manera que todas se pusieron buenas.

El joven médico estaba absolutamente horrorizado;  
el precio de los estetoscopios cayó en picado;  
y así, a ejercer en un pueblo  
al final se vio obligado.

Los doctores estaban muy enfadados  
y un estetoscopio idearon  
con una baqueta para dejar su interior bien aseado  
y para matar las moscas un pomo en su cabo.

Cuanto podáis usad siempre vuestras orejas,  
pero tampoco a vuestros ojos dejéis de hacer caso;  
como este joven podréis ser engañados  
por un par de moscas necias.